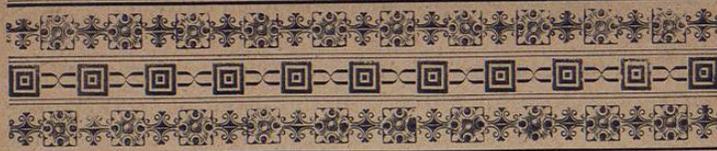


todo sorda. A la que así endurecía su corazón para no dar crédito, era forzoso combatirla con más gruesa artillería para reducirla. Acometióla de repente un accidente, tal que juzgó que la cortaban los pies y manos, según lo intenso que eran los dolores que sentía. No bastó esto. Mayor tormento sintió en el espíritu. La cercaron por todas partes tinieblas, temores, sobresaltos, y tempestad confusa de tristeza; y el corazón turbado, como con un terremoto formidable, se quebrantaba. Aquí fué donde finalmente se le abrieron los ojos para conocer claramente que estos paroxismos y pasmos procedían únicamente de la incredulidad pertinaz que tenía en orden á la opinión de Rosa. Y así comenzó á rendirse, á lamentar su dureza; y levantando con temor y reverencia el espíritu á Dios, protestó con sumisión y reconocimiento que creía y de todo corazón confesaba que Rosa era una santa. Con esto súbitamente se quietó la conmoción horrible, púsose en silencio la tempestad, restituyóse á su alma la bonanza y tranquilidad serena. De esta suerte volvía celoso por la estimación y pundonor de su esposa aquel celestial Esposo, á quien el mar y los vientos obedecen. Pero ya es tiempo que dejando de referir beneficios espirituales, tratemos de los que obró curando los cuerpos.



## CAPÍTULO VI

Al contacto, olor y veneración de las reliquias de Rosa huyen la muerte, los peligros y las enfermedades.

**A**UNQUE el P. Antonio de la Vega y Loaisa, de la Compañía de Jesús, en la declaración elegantísima que hizo, repetidas veces, hizo ver á los jueces, que la vida de Rosa, desde la cuna hasta que exhaló los últimos alientos, se había de tener por continuado milagro, con todo eso les pareció que debían proceder más en particular, averiguando las maravillas con que después de muerta resplandeció la virgen en beneficio ajeno.

Ocupa el primer lugar en este capítulo, el haber resucitado una niña de seis meses, llamada Magdalena de Torres. Eran sus padres Gregorio de Torres, labrador, y Juana Micaela. Ambos pasaban la vida en el ejercicio de la agricultura y vivían en la ciudad de Lima. Estando éstos trabajando el año de mil seiscientos veintisiete, por el mes de Octubre, en la heredad de Baltasar de Lacona, que está cercana á la ciudad, enfermó gravemente la niña con recia calentura y después expiró en los brazos de su madre. Nada habían

aprovechado los remedios que, teniendo en cuenta la corta edad de la paciente, se le habían con todo cuidado aplicado; nada, la solicitud y lágrimas de la afligida madre. La muerte, tirano inexorable, arrebató el alma de la hija, estando en el regazo de su madre, que con harta tristeza y lágrimas de sus ojos la lloraba. Yacía el cuerpecito cadáver desde por la tarde hasta amanecer del día siguiente, sin aliento, sin color ni movimiento; ya estaban preparados los instrumentos para abrir la pequeña fosa que había de recibir á la niña difunta; y á mano las flores para tejer guirnalda con que llevarla al sepulcro. Reparó la desconfiada madre á cosa de media noche, y vino en recuerdo que tenía algo de las reliquias que habían tocado el cuerpo de Rosa; dió vuelta á las arcas donde pobremente guardaba algunas alhajas, halló un pedacito del hábito y un ramito de retama, que había tenido la virgen á su cabecera. Con esto se acercó al cadáver y llamando en su ayuda á Rosa con suspiros salidos del corazón, con largas y ansiosas oraciones, creciendo la fe y esperando sacar de las reliquias vivísimos olores, tomó en un casco unas ascuas, puso sobre ellas el ramo y algunos hilos de la partícula del hábito de la virgen y luego sahumó á la difunta. Suele el humo hacer que los vivos cierran los ojos; la muerta los abrió con el humo; porque al mismo punto que tocó á la niña comenzó á revivir, y abriendo los ojos que el día antes había cerrado con tanto dolor su piadosa madre, la miró con alegría. Halláronse al espectáculo el padre de la niña, una hermana suya y otro mancebo; y poniéndose de rodillas y no cabiendo de gozo y asombro, levantaron al cielo las voces, alabaron al Señor en su Rosa tan admirablemente olorosa. En el interin Magdalena, bebiendo con ansia de niña un poco de agua que la dió su madre con polvos del sepulcro de la virgen, se incorporó ya sana, y quedó sentada en el mismo lugar donde estaba rendida á la muerte, sin quedar vestigio alguno de la enfermedad pasada.

El año de 1631, Antonio Bran, esclavo de D.<sup>a</sup> Juana

de Barreda, estaba enfermo de calenturas y con mucha dificultad en la respiración. El achaque rebelde por espacio de tres meses se había resistido á las medicinas, frustrando sus efectos, y quedaba poca esperanza de su vida. Asistían al enfermo su mujer y un primo suyo. Una noche advirtieron que no respiraba el enfermo ni se movía ni daba la más mínima señal de vida; dióles gran cuidado, llamábanle á gritos por su nombre, movíanle, tirábanle de piés y manos para despertarle del letargo; pero el cuerpo helado daba tan sólo indicios de muerte. La mujer con el susto y el pesar fué corriendo á llamar á su ama, y con gemidos tristes que la interrumpían la voz, sólo pudo decir en breves sílabas que estaba muerto su marido. Movida del suceso impensado, saltó luego de la cama; era media noche, y á toda prisa fué Antonia al aposento del esclavo acompañada de su hermana D.<sup>a</sup> Luisa Barreda, hallaron que estaba á la cabecera el primo, llorándole por muerto, y cuando las vió entrar con voz triste las dijo: «No tenéis que incomodaros, mis señoras, que nuestro Antonio ya ha dado el alma á su Criador.» Llegóse más D.<sup>a</sup> Juana, exploró más por menudo el caso, tocó el cuerpo, dióle voces; pero viendo que estaba extendido como difunto, frío y yerto, como quien ya estaba certificada de la pérdida de su esclavo, dijo á su hermana: «Ya Dios me le ha quitado, siéndome tan necesario y de tan buen servicio, sea su santo nombre bendito.» Volviendo luego los ojos á la cabecera de la cama, vió allí colgada una imagen de Rosa, que estaba pintada en papel, de las que habían venido de Roma estampadas con licencia de los superiores. Concibiendo con esta vista firme y crecida esperanza, comenzó en voz alta á invocar á Rosa y á pedirla sin desconfianza ni dudas que le resucitase su esclavo, y desprendiendo la imagen, púsola con reverencia sobre el pecho del difunto, y con silencio triste en compañía de las tres personas que estaban allí presentes esperaba el suceso. Pasóse cosa de media hora en este silencio, rogando á

Rosa que hiciese un milagro, cuando de repente Antonio, que por espacio de dos horas había estado helado, inmóvil y con color de difunto, dando un profundo suspiro, semejante al que suelen despedir los que están rendidos de cansancio, abrió los ojos, miró á todas partes, y admirado de ver allí á sus amas en tan desacomodado tiempo, y sin acostar á su mujer y primo, preguntó qué era lo que allí hacían. Luego informado del caso, cobrando ánimo, se sentó en la cama, y no sólo se halló aliviado, sino sano y fuerte; y desde aquel punto totalmente limpio de calentura, sin que después volviese. Con todo eso, instado de las mujeres, tomó un jarabe, que de antemano estaba preparado, aunque ya era superflua la medicina, descansó, y después de dos días, despidiéndose del lecho en que había padecido muchas molestias, visitó el sepulcro de Rosa, donde pasó todo el día, pagando con hacimiento de gracias el beneficio recibido.

Isabel Durán, viuda de Diego Carlos, hacía mucho tiempo que tenía un brazo seco y sin movimiento, abrigado con muchas fajas, padeciendo, no sólo su inútil peso, sino también gravísimos y continuados dolores. Oyendo, pues, que el cuerpo de Rosa estaba en el féretro en la iglesia de Santo Domingo dispuesto para el sepulcro, llena de fe, y acompañada de dos hijas, acudió con la mayor prisa que pudo, y entrándose por la multitud de gente que estaba en el templo, procuraba hallar modo y paso para llegar al túmulo de la sierva de Dios; llegó al fin abriéndole camino sus dos hijas y otra gente piadosa. Con cuya ayuda, aunque con mucho trabajo, y haciéndose mucha fuerza, subió sobre las gradas y aplicó dos ó tres veces el brazo al rostro de Rosa, y al mismo tiempo comenzó á dar voces, diciendo: «Gracias á Dios ya está mi brazo sano; mi brazo volvió á vivir.» Y para hacer más evidencia y experiencia del milagro, le levantó en alto, le movió con soltura, con vigor y con prisa, mirándolo y aplaudiéndolo gran número de pueblo. Pero á quien causó

más asombro, fué á Melchor de Amusco, médico, que acaso se halló presente entre otros muchos y que largo tiempo había aplicado al brazo multiplicados medicamentos sin fruto alguno, confesando que naturalmente no se podía haber reducido á la salud que veía por sus ojos, y que así era portentoso el milagro. Mas Isabel, alegre con el feliz suceso, gozando de la dicha que había conseguido, fué vista por muchos años usar de su brazo libremente, como si nunca le hubiera tenido enfermo. De este prodigio hubo en aquel tiempo tantos testigos cuantos ojos estaban mirando á Rosa puesta en el túmulo.

Un esclavo del Licenciado Diego de Ayala, etiope, cuyo nombre no se sabe, había perdido el uso del brazo y mano derecha por causa de la contracción y complicación de los nervios. A la fama de la muerte de Rosa acudió al templo de Santo Domingo con el concurso de la gente, encomendándose á la virgen, y luego levantó en alto el brazo en señal de salud y le llevó extendido por todo el templo, arrojando los paños con que le abrigaba. Mirábalo innumerable gente; y mientras de una parte salían las voces que daban públicas alabanzas á Dios y por otra confusa gritería de los que daban congratulaciones al enfermo, algunos que más familiarmente conocían el esclavo, delante de todos le besaban con regocijo la mano y con piadosa curiosidad registraban las antiguas señales, por donde conocían el lugar, donde anudados los nervios y plegadas las cuerdas, habían torcido la mano del etiope.

El Licenciado Jorge Aranda de Valdivia, antes de ordenarse, había recibido muchas heridas en el brazo izquierdo, peleando con los infieles del reino de Chile; curáronle en falso, con lo cual, pasado algún tiempo, poco á poco se le formaron materias, que produjeron dolores é hinchazones, de suerte que ni podía extender el brazo ni doblarle. Teníale hinchado hasta los mismos dedos y era grande la molestia que sentía el afligido sacerdote, porque ni podía coger cómodamente la

sagrada hostia, ni levantar aquel brazo sin ayudarse del otro. Sucedió, pues, que el mismo día que sepultaron á Rosa, llegando la tarde, y ayudándole un hermano que tenía religioso, entró al Capítulo, y en el sepulcro de la virgen imploró su auxilio, que consiguió sin dilación alguna. Llenándose repentinamente de un sudor frío, probando poco á poco á mover el brazo y la mano, halló que uno y otro estaban sanos, robustos y flexibles. Fuése al punto á la iglesia casi temblando de alegría y reverencia, donde á la sazón estaba el Padre Fr. Cristóbal de Acevedo, Prior del Convento de Panamá, con muchos seglares, y allí postrado delante del altar del Santísimo Rosario, en voces altas rindió las debidas gracias á Dios. Acudieron al espectáculo los que estaban más cercanos, y entre ellos Bartolomé de Toro, escribano real. Y sin hacerse mucho de rogar, contó el sacerdote á todos fielmente todo el orden del suceso. Era muy conocido, así por su persona, como por el pasmo que en el brazo padecía; y pidiendo testimonio del milagro, el notario y los testigos, antes que se determinasen á escribirle quisieron certificarse. Dijeron al sacerdote que se pusiese en pie, miráronle atentamente el brazo, que hallaron sin hinchazón, vieron que le movía de alto á abajo, del lado izquierdo al derecho; que abría y cerraba con prontitud la mano, extendía, apretaba y meneaba con celeridad los dedos, sin sentir después en toda su vida rastro alguno de la enfermedad que había padecido.

Alfonso Diaz, pobre mendigo, muy conocido de todos en la ciudad de Lima, tullido de un pie y de una mano, arrastraba el cuerpo por las calles, en vez de andar, pidiendo limosna de puerta en puerta. Éste el mismo día que habían dado sepultura á Rosa, vino con ansias á la iglesia de Santo Domingo, donde llorando amargamente sus desdichas é informado del lugar donde estaba el sepulcro de la virgen, como pudo y con gran trabajo llegó al Capítulo del Convento, postróse sobre la sepultura y estuvo así en oración por espa-

cio de una hora; gimió, lloró y finalmente sintió un sudor copioso, sin saber que estaba sano. Llegó á la sazón el albañil que había de cubrir la sepultura con ladrillo, dijo al mendigo que diese lugar y se apartase; respondió que no le era posible; porfiaron sobre el caso, mas el oficial como más robusto, cogió en los brazos al tullido, y aunque se resistía, le sacó fuera del sitio, y poco á poco sin violencia le levantó en pie. Aquí fué la primera vez que sintió Alfonso su salud. Con todo eso admirado de la novedad y no sabiendo tenerse bien en pie, como estaba tan desacostumbrado, se arrió á la pared, y viendo que sin muletas podía tenerse, prorrumpiendo en lágrimas de gozo y en gritos de admiración, dijo en voz alta y alegre: «Bendito sea Dios, ya me hallo bueno, ya estoy sano, puedo lo que nunca pude de cuatro años á esta parte, estoy en pie, ya puedo fijar en tierra las plantas desacostumbradas todo este tiempo á pisar la tierra, sea Dios alabado en sus santos.» Todavía estaba sudando Alfonso, y porque en vez de callos había crecido en las plantas la carne tierna, no podía asentar bien los piés en el suelo, y así los pasos no eran del todo firmes; por lo cual juzgando algunos que no estaba perfectamente sano, le daban la mano para que anduviese. El lo rehusaba diciendo que bien podía andar por sí solo sin que nadie le ayudase; luego entre mucha gente le trajeron al templo para que todos le viesen. Muchos aplaudiendo la maravilla daban gracias á Dios. Fué por su pie al templo con paso firme el que en toda su vida había andado con tanta soltura y desembarazo.

Cuando el cadáver de Rosa estaba en el templo de Santo Domingo, puesto sobre el túmulo, un joven etiope, de poco más de doce años, muy conocido en Lima por su nombre y por estar totalmente baldado de ambos piés, llegó arrastrando á ponerse debajo del tablado del túmulo; porque ni un palmo podía levantarse del suelo, ni con ayuda ajena había podido llegar á tocar el cuerpo de la difunta. Bastóle ponerse en lugar

tan humilde para levantarse alegre y tenerse en los piés, que antes traía arrastrando por la tierra; pues no pudiendo valerse de muletas, solo con el medio cuerpo andaba barriendo el suelo. Pero luego le vieron que dando saltos se metió entre la gente, aclamando á Rosa por autora de su salud en altas voces. Y por espacio de ocho días acudió al sepulcro, dando á vista de todos las debidas gracias.

A ejemplo de éste, otro joven, también etiope, padecía en los piés la misma enfermedad, y solo se diferenciaba del primero en que podía valerse de unos pequeños zancos para levantarse algo de la tierra; aunque no le bastaba arrimarse á las paredes para poder tenerse. Este después de enterrada Rosa fué á su sepulcro, y cerca de él, en un rinconcillo del Capítulo, echado en la tierra, hizo oración, perseverando en ella por espacio de dos horas, implorando el favor de la virgen con humildes plegarias. A vista de la multitud que se hallaba presente, se levantó lentamente dando voces y diciendo: «Sano estoy, páreceme que ya puedo andar, siento que ya no tengo impedimento en las piernas, antes me da ganas de dar carreras.» Oyendo esto, respondió uno de los que estaban más cerca: «Si es así, ponte en pie, anda y haz notoria á todos la gracia que has recibido.» Sin detenerse arrojó el muchacho las muletas, púsose en pie, comenzó á andar, y no cabiendo de pura alegría, dió saltos de placer. Finalmente, rogó á la mucha gente que allí asistía que diesen lugar y abriesen calle, porque quería dar una carrera, de una parte á otra del Capítulo. Viéndolo por sus ojos apenas lo crían los que habían conocido al etiope tullido. Y así levantando al cielo la voz dieron infinitas gracias á Dios; vinieron los religiosos, lleváronle á la iglesia y entonaron el *Te Deum*.

Juana de Castillo, viuda, tenía un hijo de dos años que se llamaba Francisco Fernández de Segura, á quien hacía un año entero que fatigaba muy á menudo la gota coral. En vano se emplearon muchos y diversos re-

medios para curarle, hasta que se recurrió á Rosa, á la que poco antes habían enterrado. Trajo, pues, la afligida madre al sepulcro á su hijo, hizo oración con verdadera fe, y entre tanto el mismo niño se postró besando con la boca el suelo y comenzó luego á mostrar el rostro alegre; y preguntándole su madre, después de hora y media, si estaba cansado y si quería que le levantasen de allí, respondió que le dejasen otro poquito de tiempo. Finalmente, él mismo se levantó alegre con las señales de la salud que sentía y desde entonces hasta los 17 años, que fué cuando delante de los jueces, juntamente con su madre, testificó el suceso, ni esta ni otra enfermedad alguna le sobrevino.

Rufina Bravo había dado á luz un niño á quien puso por nombre Pedro Tamayo. Apenas habían pasado quince días después del nacimiento, cuando se conoció que enfermaba con penosa hernia; cada día se relajaban más las membranas de los intestinos, salíanse de su lugar y apenas con gran trabajo y riesgo podían volverlas al puesto de donde poco después habían de volver á salir, por ser grande la rotura. Lloraba continuamente el niño, sin poder sufrir los dolores; y sucedía alguna vez estar tres días enteros sin poder tomar el pecho, por ser muy grande la desgana que la enfermedad le causaba. Casi dos años se pasaron en aplicarle remedios con mucho gasto y ningún fruto. Finalmente, dos días después de enterrada Rosa, traído á su sepulcro estuvo casi dos horas sentado con quietud y sosiego, entretanto que su madre con otras parientes suyas estaba en la iglesia encomendándole á Dios y á la virgen santa Rosa. Volvió á ver á su hijo, y halló que cerrada la quebradura y vueltos á su lugar los intestinos, estaba libre de la hernia, y sólo había quedado en testimonio del beneficio una señal ó cicatriz pequeña, que también fortalecía más la membrana de las entrañas para que no volviese á romperse.

Una niña pequeña de cinco años, hija de Pedro de Vega, hacía cuatro meses que estaba enferma de recias